



Inseguridad alimentaria, hábitos alimenticios y comensalidad en comedores infantiles de Tucumán y Santiago del Estero, antes y durante la pandemia por COVID-19

Fernando Longhi
UNSE y CONICET-UNT

Romina Cordero
FHCSyS-UNSE y UNT

Daniel Ise
UNSE

Juan Lucas Maldonado
UNSE

Adrián Luna
UNSE

Resumen

En el marco de un proyecto de investigación PISAC-COVID¹, se indagó sobre las características de la oferta alimentaria extra-familiar durante la pandemia, identificando hábitos alimenticios y características de la comensalidad según niveles de inseguridad alimentaria en comedores infantiles de dos de las provincias más pobres de Argentina: Tucumán y Santiago del Estero.

Entendemos que la situación actual de nuestro país respecto a su seguridad alimentaria es controversial, en tanto es reconocido como proveedor de alimentos (otrora denominado "granero del mundo"), mientras simultáneamente presenta niveles elevados de pobreza e indigencia que condicionarían la seguridad alimentaria de su población. Dicha situación se produce porque, si bien la producción es suficiente, no está garantizada la equidad. Los factores condicionantes se definirían en un orden macro social, relacionado con el comportamiento económico global y las políticas monetarias; como también en el orden micro

¹ Este trabajo ha sido financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, en el marco de la convocatoria PISAC-Agencia La sociedad argentina en la postpandemia con el proyecto "Efectos del aislamiento social preventivo en el ejercicio del derecho a la salud en las infancias argentinas" bajo la dirección de la Dra. Ianina Tuñón, PISAC-COVID-19, 0009.

social. Asimismo, la consolidación de una red de comedores y merenderos comunitarios habría sido clave para atenuar dicha problemática en un contexto crítico, tanto en relación a aspectos epidemiológicos como socioeconómicos.

La aparición y desarrollo de la pandemia por COVID-19, junto a las medidas políticas implementadas para su tratamiento, habrían incidido sobre las características de estas instituciones, generando rupturas y continuidades. Esta ponencia pretende aportar conocimiento al respecto, indagando sobre hábitos alimenticios y comensalidad en estos espacios de alimentación infantil, relacionándolo con los niveles territoriales de inseguridad alimentaria.

Palabras claves: hábitos alimenticios, comensalidad, inseguridad alimentaria, COVID-19

Abstract

In the framework of a PISAC-COVID research project, the characteristics of the extra-family food supply during the pandemic were investigated, identifying eating habits and characteristics of commensality according to levels of food insecurity in children's kitchens in two of the poorest provinces of Argentina: Tucumán and Santiago del Estero.

We consider that the current situation in our country regarding its food security is controversial, as it is recognized as a food supplier (formerly known as the "granary of the world") but simultaneously presents high levels of poverty and indigence that would condition the food security of its population. This situation occurs because, although production is sufficient, equity is not guaranteed. The conditioning factors would be defined in a macro-social order, related to global economic behavior and monetary policies; as well as in the micro social order. Likewise, the consolidation of a network of community canteens and picnic areas would have been key to mitigating this problem in a critical context, both epidemiological and socioeconomic aspects.

The appearance and development of the COVID-19 pandemic, together with the political measures implemented for its treatment, would have affected the characteristics of dining rooms and social picnic areas, generating ruptures and continuities. This presentation aims to provide knowledge in this regard, inquiring about eating habits and commensality in these infant feeding spaces, relating it to the territorial levels of food insecurity.

Keywords: eating habits, commensality, food insecurity, COVID-19

Introducción

Es ampliamente conocida la situación de Argentina respecto a su seguridad alimentaria y sus problemáticas nutricionales, principalmente durante la niñez (Ministerio de Salud, 2007; Tuñón et al., 2012, Longhi et al., 2018; Ortale y Santos, 2020a). Las investigaciones realizadas han brindado sólidas evidencias respecto al carácter controversial entre población y recursos, en tanto el país es reconocido como proveedor de alimentos (otrora

denominado “granero del mundo”) pero simultáneamente presenta niveles elevados de pobreza e indigencia que condicionan la seguridad alimentaria de su población, lo que se expresa en las elevadas prevalencias que alcanza la malnutrición infantil. Los factores condicionantes se definirían tanto en un orden macro social, relacionado con el comportamiento económico global y las políticas monetarias; como también en el orden micro social.

En este contexto estructural, la pandemia por COVID-19 ha profundizado los niveles de pobreza y las desigualdades existentes, componentes que a su vez habrían incidido en el acceso a los alimentos comprometiendo así la seguridad alimentaria, principalmente en la infancia. Es frente a las crisis prolongadas, producidas, entre otras cosas, por la destrucción sostenida de los puestos de trabajo y la informalidad del empleo como única opción histórica para un importante sector de la población, que se vuelve indispensable la presencia de las redes de ayuda mutua. Estas son el resultado del afianzamiento de los lazos comunitarios y su basamento lo constituyen las relaciones de amor y confianza (Aguirre, 2004). Son espacios en los que confluyen los recursos materiales y la acción protectora de los lazos afectivos que se desarrollan entre parientes, amigos y vecinos. Sin embargo, poco se conoce sobre el protagonismo que habrían tenido instituciones extra-familiares –como comedores y merenderos sociales-, o si estos integran redes para el afrontamiento de dichas problemáticas.

Las provincias del norte argentino, particularmente, se insertan en un territorio donde distintas evidencias han demostrado la persistencia de la pobreza y de los problemas nutricionales, entre los que se incluye la inseguridad alimentaria. Tucumán, particularmente, adquirió el calificativo de “Cuna de la desnutrición infantil” en los medios periodísticos luego de la crisis acaecida en 2002/03 (Demonte, 2011; Longhi et al., 2018, Tuñón y Salvia, 2013; Ortale y Santos, 2020a). Asimismo, el panorama nutricional en Santiago del Estero no es lejano a la condición definida en Tucumán (Longhi et al., 2020). Constituyen, por tanto, adecuados casos para analizar la problemática considerando cambios y continuidades ante la irrupción de la pandemia.

A partir de un enfoque cuantitativo y cualitativo, en este trabajo se puso la mirada sobre una selección de comedores comunitarios escogidos por su ubicación en contextos de inseguridad alimentaria y pobreza, y se pretendió arribar a las principales características de dichas instituciones. Se indagaron principalmente atributos como hábitos alimentarios y comensalidad, así como problemáticas emergentes, continuidades y rupturas en el contexto de la pandemia actual. Con este abordaje se buscó aportar conocimiento al respecto, indagando sobre el papel que desempeñan (y desempeñaron) estas instituciones como atenuadoras de la inseguridad alimentaria familiar y procurando caracterizar su perfil, su función y su dinámica en el contexto de la crisis actual.

A continuación se presenta una discusión sobre las relaciones entre los conceptos de seguridad alimentaria y pobreza, indagando sobre el surgimiento y consolidación de comedores sociales/comunitarios como instituciones atenuadoras de la inseguridad alimentaria vivida en contextos de pobreza. Seguidamente se desarrollan los principales métodos –y sus fuentes asociadas- que permiten indagar sobre la inseguridad alimentaria en el contexto nacional y regional. Luego se discuten los resultados obtenidos, tanto desde un enfoque cuantitativo como cualitativo, para terminar con las conclusiones donde se reflexiona sobre el aporte que este trabajo realiza y su posible contribución para el desarrollo de políticas públicas.

La seguridad alimentaria y sus vínculos con la pobreza

La seguridad alimentaria ha sido incluida como objetivo en la Agenda 2030 de la ONU para el Desarrollo Sostenible y constituye una condición para el logro del derecho a la alimentación. En tal sentido, es ampliamente reconocido que el acceso a la alimentación suficiente en cantidad y calidad –y de manera socialmente aceptable- constituye un derecho básico para garantizar no solo el sostenimiento de la vida, sino una vida saludable. Sin embargo, la disponibilidad y el acceso a los alimentos no serían condiciones suficientes para garantizar la seguridad alimentaria, sino también su utilización efectiva, entendida como la eficiencia del proceso nutricional en términos del estado nutricional (FAO, 2000; Aguirre, 2004). Esta condición afecta de manera especial a la niñez, ya que el niño que no logra satisfacer sus necesidades nutricionales en los primeros años de vida, a menudo, ve afectado su crecimiento, su desarrollo madurativo y cognitivo, el rendimiento escolar y los procesos de integración social. En este contexto, la inseguridad alimentaria, que en sí misma representa una necesidad no satisfecha, vulnera a la vez el ejercicio de otros derechos, como educarse, jugar y participar de la vida cultural, entre otros (Tuñón et al., 2012).

Asimismo, es reconocida la relación existente entre inseguridad alimentaria y malnutrición infantil (Bergel et al., 2017; Van Gameren y Urbina Hinojosa, 2018; Luna Montaña, 2020). Existe claramente una relación directa entre ambos procesos: donde la inseguridad alimentaria es mayor, los problemas nutricionales infantiles –expresados como desnutrición, sobrepeso u obesidad- aumentan. Los determinantes de esta problemática se hallan tanto a nivel individual (características de consumo y hábitos saludables), a nivel del hogar (nivel de ingresos, hacinamiento, deposición de excretas, clima educativo), como a nivel macro relacionados con los niveles de desigualdad y las políticas socio-sanitarias (Álvarez, 2012; Barrera-Dussan et al., 2018; Longhi et al., 2018).

Esta relación discurre de modo más profundo, acuciado y problemático en contextos de pobreza con acceso limitado a los sistemas de salud y saneamiento. Así, la pobreza,

entendida como una medida multidimensional de carencia que compromete la seguridad alimentaria, resulta un importante condicionante del estado nutricional infantil (León et al., 2004; Bolzán y Mercer, 2009). Al respecto, cabe destacar también la estrecha relación que existe entre pobreza extrema por ingresos e inseguridad alimentaria (Salvia, 2010; Tuñón, 2011; Fisbein y Giovagnoli, 2004).

Para identificar la pobreza los estudios fijan habitualmente la atención en las privaciones severas de bienes y servicios que una parte variable de la población sufre debido a sus magros ingresos (Ferullo, 2009). No obstante, plantea Sen (1997) que confiar exclusivamente en la pobreza en términos de ingreso puede esconder aspectos cruciales de la privación económica. De este modo, el concepto de pobreza se encuentra atravesado por tres matices diferentes que exponen las múltiples dimensiones mencionadas: la idea de carencia de recursos, bienes y servicios; la idea de insatisfacción de aquellas necesidades que una sociedad o grupo social satisfacen en su globalidad; y la idea de marginalidad o exclusión de aquellos recursos, bienes y servicios que puedan ser compartidos en una sociedad. En estos contextos de privaciones, la inseguridad alimentaria crece, se desarrolla y, en muchos casos, se consolida.

Investigaciones recientes han identificado que los factores asociados a la presencia de inseguridad alimentaria en los hogares pueden ser exógenos y/o endógenos. Entre los factores considerados exógenos, es decir, aquellos que el hogar no puede controlar o influenciar directamente, se consideran los sistemas y estructuras ecológicas, económicas y socioculturales del país, región o comunidad, que forman la base contextual. Allí los factores sociales y de comportamiento se interrelacionan para determinar los patrones de consumo de alimentos y el nivel de seguridad alimentaria del hogar (Dehollain, 1995). Este complejo marco opera como condicionante de las características específicas del hogar y sus integrantes (variables endógenas) y determinará decisiones y comportamientos relacionados con la alimentación. Aspectos tales como el nivel socioeconómico, la composición y tipo de hogar, la presencia y cantidad de menores de edad, así como también aspectos relacionados con la educación materna y ocupación de la persona de referencia del hogar, son algunos de los condicionantes más ampliamente reseñados (Fiszbein y Giovagnoli, 2004; Bolzán y Mercer, 2009; Tuñón et al., 2012; Couceiro et al., 2015; Rosso et al., 2015; Bonfiglio et al., 2020; Cordero y Cesani, 2021).

En contextos territoriales de pobreza e inseguridad alimentaria, la contribución que comedores y merenderos sociales y comunitarios han realizado como variables a considerar en la seguridad alimentaria del hogar podrían ser importantes. Se desarrolla a continuación un breve apartado sobre estas instituciones de oferta alimentaria extra-familiar para luego desarrollar sus características en el contexto territorial de referencia.

Comedores infantiles en Argentina y comensalidad

Diversas experiencias internacionales han sostenido como políticas alimentarias la presencia y conservación de comedores sociales y/o comunitarios. Si bien se proponían combatir el hambre y la inseguridad alimentaria, algunos resultados evidenciarían –como en el caso mexicano- estar supeditados a la conformación de estructuras de poder, en muchos casos bajo un sistema de clientelismo político (Casas Patiño, et al., 2021).

Si bien los comedores fueron concebidos en sus inicios como acciones transitorias, los mismos lograron consolidarse territorialmente a partir de los apoyos recibidos del Estado (Ierullo, 2013). En el caso particular argentino, el surgimiento de comedores comunitarios en barrios pobres forma parte de un conjunto de acciones de asistencia alimentaria junto con la incorporación, de manera heterogénea y fluctuante, de las organizaciones de la sociedad civil en la implementación y ejecución de programas y políticas sociales (Santarsiero, 2013). Estas iniciativas se han ido configurando como una respuesta orientada a la satisfacción de necesidades alimentarias en el contexto de la asistencia social estatal. De esta manera, este autor identifica en los comedores aspectos de una triple dimensión. Por un lado, destaca aspectos políticos (dado que evidencia un espacio para la politicidad barrial vinculado con la política social territorializada); sociales (porque refiere a lazos de solidaridad y de interacción cotidiana en el espacio comunitario surgidos en las prestaciones y acciones de los comedores) y alimentaria (porque procuran brindar alimentos y recursos en la cotidianeidad del espacio barrial).

Un punto de anclaje para definir la presencia de comedores comunitarios en Argentina refiere a la crisis hiperinflacionaria de 1989. Ante el deterioro de los ingresos de importantes segmentos de la sociedad, surgieron –en algunas áreas geográficas con alta presencia de sectores pobres- acciones precarias y espontáneas, autogeneradas por los vecinos y, en algunos casos, con la participación de ONGs. Tomaron el nombre de “ollas populares” o “comedores comunitarios”, con el objeto de contener los apremios alimentarios más urgentes, aunque con una cobertura y una capacidad de ofrecer alimentos muy limitada (Sordini, 2014). Estas tendencias se habrían consolidado durante los años noventa como consecuencia de los procesos de pauperización, incrementándose la presencia estatal y articulación con organizaciones sociales luego de la crisis de los años 2001/02. La pandemia por COVID-19 –con sus conocidos impactos en términos de empobrecimiento precarización y debilitamiento de las economías-, habría incrementado la demanda alimentaria sobre estas instituciones, además de modificar la dinámica y forma de la respuesta a esa demanda, y de sumar a otros sujetos en dicha demanda.

En este contexto, la comensalidad, entendida no solo por la cantidad y calidad de los alimentos, sino como la forma específica que adopta el comer (Aguirre, 2010), se habría transformado también. Menciona la autora que los niños que asisten a comedores sociales

desconocerían la comensalidad familiar. Es decir, entiende a tal asunto como un proceso que supera la mera distribución de alimentos, incorporando también dimensiones relacionadas con la enseñanza de valores, la transmisión de vínculos, la socialización, entre otros. En la proliferación de la asistencia alimentaria extrafamiliar se perderían todas estas posibilidades. Asimismo, Aguirre sostiene que en los comedores sociales se intensifica la noción de una alimentación orientada a mantener un cuerpo fuerte para lo cual se eligen aquellos alimentos que reflejan esta fortaleza. En Argentina se denominan alimentos rendidores: para cumplir esta condición deben ser al mismo tiempo gustosos –tales como los azúcares-, baratos –como los hidratos de carbono- y dar sensación de saciedad –como las grasas-; y su comensalidad es colectiva, es decir, se cocina y consume en grupo (guisos y sopas) todo lo que se pueda, porque –según la autora- “hay que disfrutar de la comida cuando hay, ya que no se sabe que penas traerá el mañana” (Aguirre, 2016, p. 120). Este proceso se articula sustancialmente con el marcado crecimiento de la obesidad, principalmente infantil, y de su mayor incremento en sectores pobres de la población.

Los conceptos aquí abordados pretenden ser profundizados mediante entrevistas indagando sobre distintas estrategias, tendencias y particularidades que adquirirían en territorios de inseguridad alimentaria en el contexto pandémico actual.

Métodos y fuentes en la medición de la inseguridad alimentaria

Nuestra propuesta abarca dos instancias: la primera, con un enfoque cuantitativo, analiza la inseguridad alimentaria en el Noroeste Argentino considerando las dos únicas fuentes disponibles para tal análisis: las bases de la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) serie bicentenario (2010-2016), y las bases del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) realizada entre 2014 y 2015. Con ambas se obtuvo una mirada sobre la inseguridad alimentaria en la región en el momento previo a la irrupción de la pandemia.

- A) La EDSA, dependiente del Observatorio de la Deuda Social Argentina, ha elaborado indicadores de inseguridad alimentaria desde el año 2010. Estos permiten una aproximación al fenómeno de la inseguridad alimentaria en la infancia que, en su expresión más severa, considera la percepción de “hambre” entre los niños/as entre 0 y 17 años². Desde el 2010, la EDSA mide la inseguridad alimentaria

² Distintas aproximaciones previas han servido de antecedentes para la definición de esta escala de medición, entre ellos se destaca el aporte del gobierno de los Estados Unidos, a través del Departamento de Agricultura, que desarrolló la escala HFSSM (The Household Food Security Survey Module). Tras esta escala se desarrollaron otras como la Caribeña de Seguridad Alimentaria (ELCSA) y la más reciente Escala de Experiencias de Inseguridad Alimentaria (FIES, Food Insecurity Experience Scale) que fue traducida a casi

a través de un índice que computa la cantidad de respuestas afirmativas de una escala de seis preguntas que refieren a aspectos subjetivos y objetivos de los “últimos 12 meses” (tal como se recomienda en la literatura a fin de evitar la influencia de los efectos estacionales). Luego, precisa la seguridad alimentaria del hogar en un rango que va desde una situación de seguridad alimentaria grave o severa a la seguridad alimentaria (Tuñón et al., 2012; Tuñón y Poy, 2018). Asimismo, utilizando esta base de datos y las bases del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 fue posible establecer el indicador de “riesgo de inseguridad alimentaria” que, operando sobre un análisis factorial, pudo clasificar en diferentes categorías cada radio censal del país (Márquez y Salvia, 2019). La obtención de los coeficientes que mejor predicen la inseguridad alimentaria fue realizada a partir de la estimación de diversos modelos de regresión. Dado que la variable dependiente a explicar es la existencia de inseguridad alimentaria severa, y la misma tiene un carácter dicotómico, se utilizaron modelos de regresión logística binaria (Márquez, 2017).

- B) La Encuesta Nacional sobre Estructura Social (ENES) llevada adelante por el programa PISAC, tuvo alcance urbano nacional y sus dominios de estimación fueron ocho regiones. Se realizó entre 2014 y 2015 y estuvo centrada en las dimensiones estructurales de la heterogeneidad social. Sus ejes de indagación fueron, por un lado, la estructura de clases, estratificación y movilidad social y, por otro, las condiciones de vida de los hogares (Maceira, 2015). Este relevamiento incorporó una aproximación a la inseguridad alimentaria, que siguió sugerencias conceptuales y metodológicas realizadas por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). La unidad de análisis de esta subdimensión es el hogar (posibilitando un análisis discriminado para los menores presentes en el hogar, a partir de distintas unidades de observación). El cuestionario incluye preguntas que refieren a situaciones de insuficiencia alimentaria por causas económicas percibidas por los hogares durante los tres meses previos al relevamiento. Con ello, se orientan a medir la reducción involuntaria de la porción de comida o la supresión de alguna comida durante el período de referencia y la percepción de experiencias de hambre (Ortale y Santos, 2020b)³.

200 idiomas y se ha incluido en la Encuesta Mundial de Gallup, a través de una escala de ocho ítems (Tuñón y Lamármora, 2019).

³ Las preguntas incluidas en el relevamiento para percibir inseguridad alimentaria fueron: a) Durante los últimos tres meses, ¿usted u otros adultos en su casa comieron menos o dejaron de comer en el desayuno, en el almuerzo o en la cena porque no tuvieron recursos para obtener más?; b) Durante los últimos tres meses, ¿tuvo usted hambre pero no comió porque no tuvieron recursos para obtener la comida necesaria?; c) Durante los últimos tres meses, ¿dejó usted u otros adultos en su casa de comer por todo un día porque no tuvieron recursos para obtener comida?; y en el caso de hogares con menores de 14 años se indagó también d) Durante los últimos tres meses, ¿le sirvió menos comida a los niños/as en el desayuno, almuerzo o cena porque

A partir de estas preguntas, se elaboraron tres indicadores sintéticos que dan cuenta de la intensidad con que se presenta la inseguridad alimentaria, destacando el caso de los hogares de adultos de aquellos que incluyen población infantil: a) Inseguridad Alimentaria leve: presencia de alguno de los tres indicadores, b) Inseguridad Alimentaria moderada: presencia de dos de los tres indicadores y c) Inseguridad Alimentaria grave: presencia de los tres indicadores.

La segunda instancia incluye la aplicación de métodos cualitativos, en particular, se usa la entrevista en profundidad a referentes comunitarios encargados de la gestión de comedores y/o merenderos sociales en contextos de pobreza. Busca así analizar las dimensiones extra-familiares de la inseguridad alimentaria. El contacto con estos referentes se inició a principios de 2020 en el marco de la identificación y geolocalización de estas instituciones facilitando la posibilidad de realización de entrevistas en profundidad en un contexto virtual.

De esta manera, la propuesta se halla enmarcada dentro de una aproximación multi-método (cuantitativa y cualitativa), buscando una complementación de estrategias y técnicas que nos permitan arribar a un mejor entendimiento del problema. Se espera que la multiplicidad de dimensiones consideradas y la triangulación de técnicas metodológicas permitan arribar a una explicación de las manifestaciones de la inseguridad alimentaria y la presencia de comedores infantiles en territorios de pobreza como atenuadores de dicha condición en dos provincias definidas a su vez por la pobreza. Si bien la atención en este trabajo está centrada en la niñez, es reconocido que muchos comedores –otrora infantiles– ampliaron la asistencia a los adultos mayores incluyendo en muchos casos a la familia completa.

Cabe destacar que se utilizó como estrategia de recolección de datos la entrevista semiestructurada. Para la aplicación del instrumento se seleccionaron doce casos de referentes sociales a cargo de comedores o merenderos en territorios de alta inseguridad alimentaria en Tucumán y nueve casos en Santiago del Estero. Los mismos abarcaron distintos tipos de gestión y distintos ámbitos territoriales de la provincia. Las entrevistas se realizaron de forma telefónica y virtual durante el período marzo-junio de 2021 a partir de dos criterios de inclusión: la ubicación territorial en radios de riesgo crítico y alto de inseguridad alimentaria y la firma de un consentimiento informado, donde se garantizaba el uso anónimo de la información suministrada. La técnica de *snowball* fue escogida para la selección de los informantes.

no tuvieron recursos para obtener alimentos?; e) Durante los últimos tres meses, ¿dejó/dejaron de comer los niños/as el desayuno, el almuerzo o la cena porque no tuvieron recursos para obtener más alimentos? y f) Durante los últimos tres meses, ¿ocurrió alguna vez que los niños/as tuvieran hambre pero no les pudo dar comida?

Se indagaron las siguientes dimensiones:

a. Condiciones sociolaborales y ambientales del barrio o localidad

Características ocupacionales de los jefes de hogar de las familias asistidas por el comedor. Dinámica y adaptaciones con la pandemia. Estados anímicos y transformaciones. Emergencias suscitadas con la pandemia

b. Dinámica del comedor

Fuentes de los recursos, estado y financiamiento. Asistencia. Servicios brindados. Problemáticas detectadas en la niñez con la pandemia. Preparación de alimentos. Distribución y frecuencia. Insumos. Rupturas y continuidades.

c. Características de la asistencia alimentaria

Funcionamiento del comedor: cantidad de personas a las que asiste, periodicidad, comidas, gastos, infraestructura y herramientas para desarrollar la tarea, personal que realiza las tareas. Articulación con el Estado y otros organismos de la sociedad civil. Criterios de selección y listas de espera. Gusto y palatabilidad (alimentos de preferencia y de rechazo). Cambios a raíz de los confinamientos por la pandemia por COVID-19. Programas alimentarios.

La inseguridad alimentaria en Tucumán y Santiago del Estero: una aproximación cuantitativa

La inseguridad alimentaria en Tucumán adquiere valores preocupantes según distintas fuentes de información. Esto no constituye un hecho novedoso, Bolzán y Mercer (2009) han informado la alarmante cifra que alcanzaba este problema en la provincia en 2003, abarcando al 54.5% de la muestra (considerando el indicador “percepción de hambre grave”), y evidenciando además su relación con condiciones estructurales de pobreza y su expresión en mayores prevalencias de niños con baja talla. En efecto, la prevalencia de baja talla hallada en Tucumán era del 35.1%, constituyendo el registro más elevado entre las provincias del norte del país. En Santiago del Estero, en tanto, esta proporción ascendía al 30.6%.

Esta condición, propia de las consecuencias de la crisis socioeconómica argentina de 2001/02, habría sido atenuada con distintos programas. Longhi y del Castillo (2017) han estudiado la morbimortalidad por desnutrición en la infancia tucumana y han generado evidencias sobre estas mejoras mencionadas. No obstante, la llegada de la pandemia y las políticas de aislamiento social implementadas para su tratamiento habrían agravado nuevamente este problema. Cordero y Cesani (2021), en un relevamiento del principal aglomerado urbano de la provincia de Tucumán, detectaron que la inseguridad alimentaria

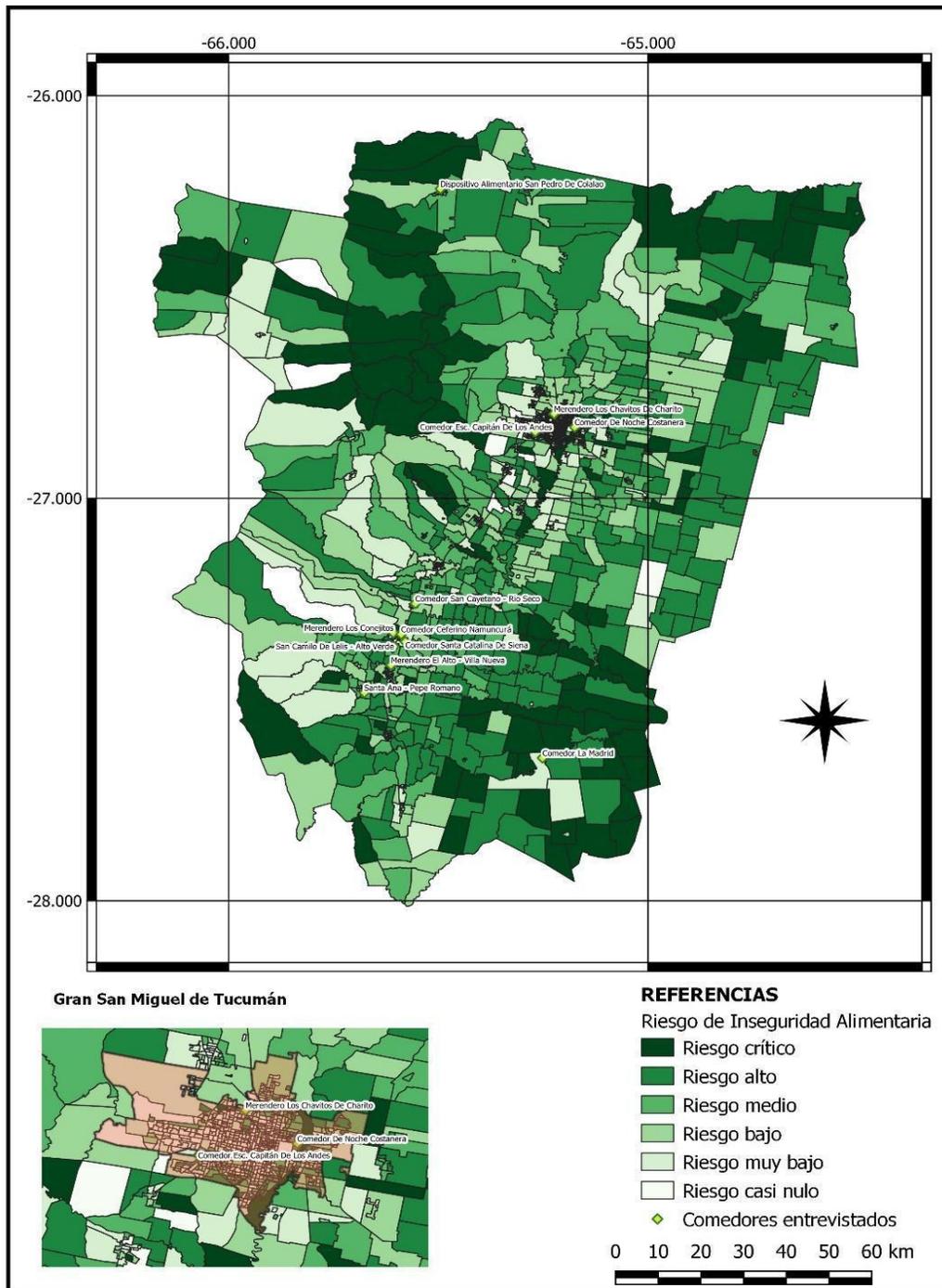
severa alcanzaba al 3.7% de los hogares, mientras otras manifestaciones menos extremas como la inseguridad alimentaria leve y moderada incluían al 46.8% de los hogares. De acuerdo a este relevamiento, un poco más de la mitad de los hogares tucumanos sufría algún grado de inseguridad alimentaria.

Según los datos relevados por la ODSA a nivel nacional, la inseguridad alimentaria severa se habría reducido entre 2010 y 2015, pasando de afectar a un 11.2% de los hogares en 2010 al 8.9% en 2015. A partir de entonces habría comenzado un proceso de crecimiento, alcanzando su pico en 2019 con el 14% de los hogares involucrados en esta situación (Tuñón y Poy, 2020). Considerando la categoría “resto urbano del interior” donde se encuentran los aglomerados Gran San Miguel de Tucumán y Santiago del Estero-La Banda, los datos muestran un proceso similar pero con magnitudes mayores, alcanzado el pico en 2019 con una proporción del orden del 27.5%, registro que duplica el valor nacional mencionado con anterioridad. Si bien la desagregación de la información no alcanza a ser representativa de las provincias, sí brinda indicios para suponer un proceso similar o más agudo incluso por las características de pobreza en ambas provincias.

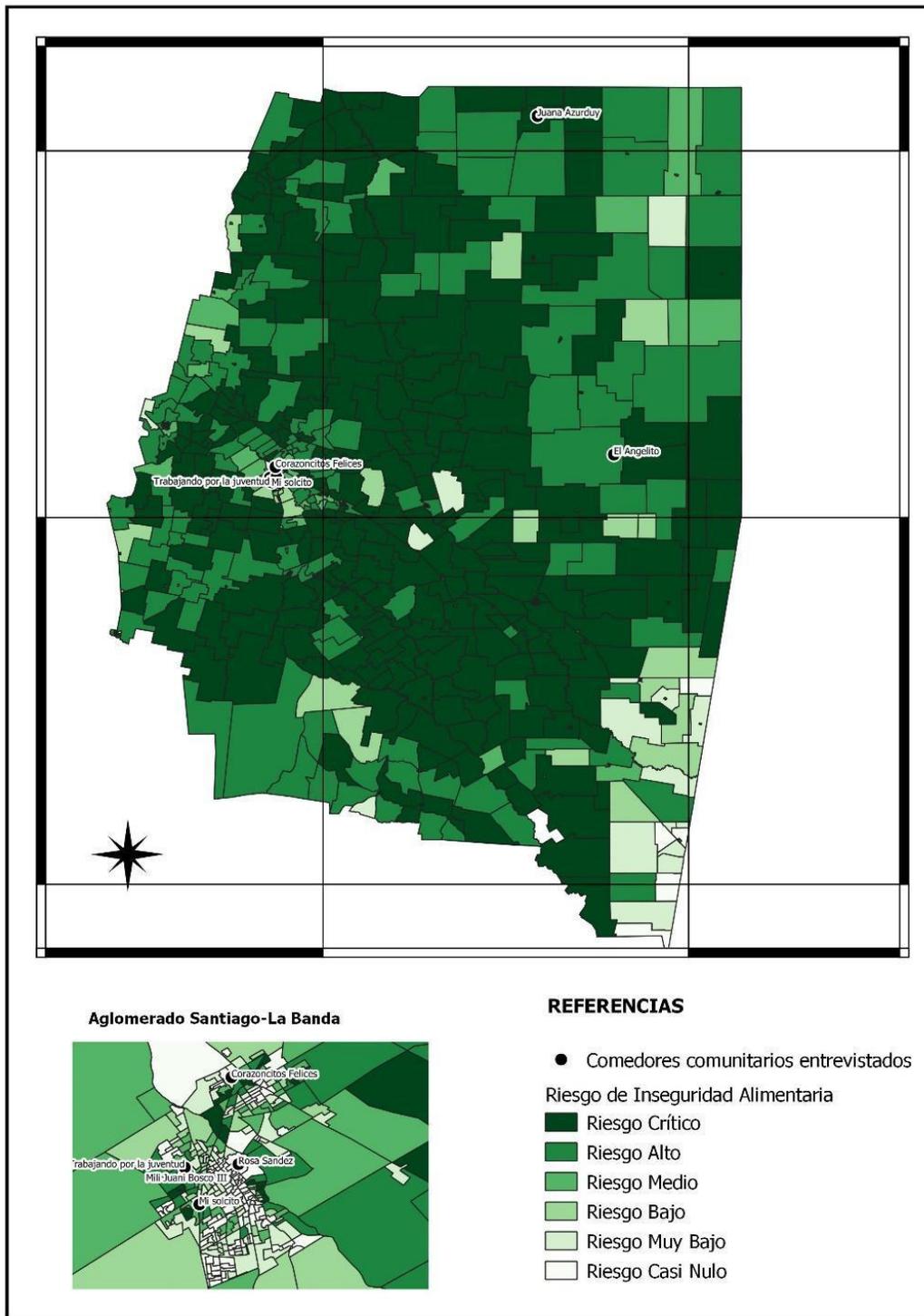
Los datos del programa PISAC no se alejan de estos procesos y magnitudes. En los adultos, la inseguridad alimentaria en los hogares del Noroeste Argentino alcanzaba al 16.1% de su población, considerando tanto manifestaciones leves, moderadas o graves. Esta evidencia, ubicaba al NOA y al NEA como las regiones con mayores problemas. Sin embargo, si el análisis se centraba en la población infantil las magnitudes reseñadas se sostenían, alcanzando en el NOA la proporción del 14.6%.

Un estudio reciente de Márquez y Salvia (2019) permitió estimar el riesgo de inseguridad alimentaria a nivel de radios censales. Los mapas 1 y 2 exhiben dicha distribución. En el caso de Tucumán se observa la concentración de los núcleos de mayor criticidad en el área montañosa de la provincia (todo el sector occidental), destacándose también el sudeste y el nordeste provincial. En el caso de Santiago del Estero se percibe una extensión territorial importante de inseguridad alimentaria crítica en un extenso corredor central de la provincia. El panorama no es alentador en el resto provincial, destacando importantes sectores con riesgo alto y medio en la casi totalidad del territorio.

Sobre estas áreas de criticidad se seleccionaron los comedores en los que se aplicó el instrumento de la entrevista, aspecto que profundizamos en el siguiente apartado.



Mapa 1. Provincia de Tucumán. Riesgo de Inseguridad Alimentaria y comedores infantiles seleccionados. Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Encuesta de la Deuda Social Argentina. Trabajo de campo de los autores. Elaborado por el Instituto Superior de Estudios Sociales CONICET – UNT.



Mapa 2. Santiago del Estero. Riesgo de Inseguridad Alimentaria y comedores infantiles seleccionados
Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Encuesta de la Deuda Social Argentina.
Trabajo de campo de los autores. Elaborado por el Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET – UNT.

Pobreza e inseguridad alimentaria en el contexto del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio

Previamente, observamos la aplicación de una medida de riesgo de padecer inseguridad alimentaria construida sobre un modelo factorial y usando como fuente de información el Censo Nacional de Población y Viviendas de 2010. Ahora bien, nos preguntamos ¿cómo se vive la inseguridad alimentaria en estos ámbitos?, ¿qué condicionantes afectan la vida familiar e impiden el acceso a una alimentación variada y suficiente?, y desde sus espacios ¿qué estrategias pusieron en práctica para responder a la demanda creciente de alimentos?

Si bien nuestros entrevistados están vinculados a espacios de alimentación de gestión diversa, y con diferente presencia y alcance territorial, fue posible establecer algunos tópicos comunes y realizar las primeras reflexiones sobre los interrogantes planteados. De tal manera, se observó la sostenida articulación entre patrones de pobreza, precariedad laboral e inseguridad alimentaria. En efecto, las familias asistentes a estos espacios de alimentación pertenecen a grupos de pobreza crónica, entendida como la insatisfacción de necesidades materiales mínimas para la subsistencia y persistentes en el tiempo. Para la mayoría de las familias es poco factible resolver las necesidades cotidianas a partir de ingresos obtenidos de empleos como: el servicio doméstico, la venta ambulante, peones, albañilería, la producción o servicios de baja calificación y corta duración como las changas.

Por otra parte, desde el inicio de la pandemia esas formas de empleabilidad se redujeron y este sector pauperizado sufrió las consecuencias. La pérdida del empleo y la imposibilidad para realizar trabajos *“a domicilio”*, *“en las cosechas estacionales”* o *“por pedidos de”* disminuyeron el contexto del Distanciamiento Preventivo y Obligatorio (DISPO). Como corolario operó un incremento de otras actividades como el cirujeo y hasta el robo en los mismos barrios en los que se ubican los espacios de alimentación. Así, familias enteras debieron acudir a los espacios de alimentación para asegurarse al menos una ingesta de alimentos diaria.

Sobre las características laborales de las familias asistentes a los comedores y merenderos resultan significativos los siguientes fragmentos:

“[...] la mayoría de la gente trabaja en la parte de construcción, también en el comercio, mucha gente tiene su propio kiosquito, su verdulería, algunos empleados públicos, también muchos pensionados y jubilados, ahora el caso es un poco distinto en los barrios con los que trabajamos, porque hay muchos que son cartoneros o changarines [...]” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] te puedo decir que algunos son: albañiles, cartoneros, y otros venden cositas dulces o saladas en la calle, también vendedores esos que andan en el colectivo (ambulantes) [...]” (Entrevistada S, 41 años, responsable de Comedor, Barrio Industria, Santiago del Estero).

“muchacha gente pobre [...] porque vienen caminando las personas a buscar [...] hay mucha necesidad, la gente camina 4 a 5 kilómetros para venir [...] muchos quedaron sin trabajo, son trabajadores golondrinas, porque aquí se trabaja en construcción, y todo eso en esta cuarentena se ha parado. Y muchos no quieren trabajar porque ganamos poquito y a veces llegamos uñando al mes. Aquí se ha parado el laburo, los que siguen trabajando son contaditos” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

En tal contexto de precariedad, la manifestación de dichas carencias en la infancia, es más nociva. En efecto, el proceso general de infantilización de la pobreza con el crecimiento asociado de los índices de pobreza infantil evidencia dicha condición (Tuñón et al., 2017). Todo proceso de empobrecimiento genera restricciones en la calidad de vida e impacta en la alimentación de las familias. Como resultado, se producen cambios dolorosos, restrictivos y obligados en la manera de comer y de vivir, y son los más vulnerables, los niños, adultos mayores, embarazadas, enfermos, quienes necesitan de mayor cuidado (Aguirre, 2010).

Otro aspecto central al momento de pensar el alcance e impacto que tiene la pobreza en términos de ingreso, nos lleva a considerar lo señalado por Sen (1997), quien se refiere a la restricción de las libertades y los límites a lo que la gente puede ser y desea tener. Esto es clave para comprender cómo en ausencia de políticas integrales, una infancia atravesada por restricciones en las condiciones materiales de vida, en el proceso de crianza y socialización y en el proceso de formación, tendrá serias dificultades para alcanzar un desarrollo pleno de sus capacidades tanto en la niñez como en la adolescencia (Tuñón y Salvia, 2013). Como lo visibilizan los entrevistados en sus relatos, la infancia pobre que asiste a comedores comunitarios ha crecido y demanda alimentos, así como otro tipo de asistencia que sus familias están imposibilitadas de cubrir.

“Hemos notados muchísimas carencias que afectan a los niños sobre todo y que pertenecen a estos sectores de escasos recursos a los que se ha tenido que asistir con alimentos, ropa, calzados. Y no solo a ellos, no, porque hemos visto también un estado de abandono en sus padres, a los que también tuvimos que asistir, buscándole colchones, camas, y hasta hacerle algún tipo de trámite porque ellos no podían salir” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] son casas como hornos de barro, como tabiques, así tienen las casas de ellos. La mayoría tienen todo de nailon [...] los papás no trabajan mucho, no tienen trabajo, hacen changuitas, está todo muy caro, y yo sé que aquí no cobran un buen sueldo y no alcanza. Antes, cuando se podía, buscaban trabajo y traían un plato de comida a la casa. Ahora no hay, entonces yo busco que haiga para la familia” (Entrevistada R, Agrupación Martín Fierro, Referente Merendero, Barrio Paraíso, La Banda, Santiago del Estero).

Queda claro hasta aquí que el incremento de la precariedad y pobreza, con el consabido impacto en la inseguridad alimentaria familiar, se intensificó en el contexto de la pandemia. Como resultado, la demanda de alimentos se habría manifestado de modo creciente y expandido en los espacios de alimentación. Así, los comedores y merenderos vieron afectada su capacidad de respuesta y, en algunos casos, atravesaron situaciones que tensaron los lazos sociales. Algunos vecinos llegaron a percibir, incluso, que la asistencia no era igual para todos.

Como señalamos, los espacios con los que tomamos contacto están a cargo de personas que, en su mayoría, son parte de la comunidad a la que asisten y para las que esta no es su primera experiencia de emergencia alimentaria. En numerosas oportunidades señalaron que las dificultades derivadas de la situación de pandemia, así como de las medidas impuestas por las autoridades a nivel local y provincial, contribuyeron a profundizar los problemas que atravesaban a un sector importante de los vecinos. Muchos, incluso, experimentaron angustia e incertidumbre por no contar con la estructura y los recursos para brindar una asistencia más integral. Mientras que, en otros casos, el contexto de mayor incertidumbre obligó a implementar nuevas estrategias.

“[...] aquí en nuestro barrio, siempre hubo gente que necesitó una mano, pero ahora con esto de la pandemia si se complicó en serio, en las épocas de que no se podía salir, a nosotros se nos hacía casi imposible conseguir lo alimentos [...] en este último tiempo vino gente que yo no los tengo anotados, porque nosotros tenemos como una lista de las familias y madres que más necesitan, pero ahora vino mucha gente, hasta los padres de los chicos vienen a retirar, no te piden solo para los niños, sino que para todos los que viven en la casa [...] se notó mucho más necesidad, antes los adolescentes no venían al comedor, ahora las madres los mandan a ellos a retirar, y los que no vienen, sabemos que las madres piden para ellos también, aparte de los niños” (Entrevistada M, 26 años, Responsable Comedor, Barrio Bosco III, Santiago del Estero).

Como mencionábamos anteriormente, en contextos de precariedad creciente e incertidumbre la inseguridad alimentaria se profundiza por su estrecha vinculación con una diversidad de problemas que afectan el desarrollo de la vida familiar y comunitaria. Asimismo, durante el proceso de indagación recuperamos relatos que señalaban un aumento de la violencia intrafamiliar y de género, así como del consumo de alcohol y drogas, principalmente entre los más jóvenes. Por otra parte, el excesivo tiempo libre ante la falta de empleo, la imposibilidad de terminar los estudios o de acceder a una formación profesional y de oficio, dio paso a numerosas situaciones de conflictividad barrial.

“[...] aumentaron mucho los robos, hurto, el consumo y la violencia intrafamiliar, se ha profundizado sobre todo en la cuarentena. Se comparte tanto tiempo y la gente no estaba muy acostumbrada, y la verdad es que, si había alguna cuestión, se la manejaba, porque uno andaba todo el día en la calle, va y viene. Y aquí es como que ha habido mucho tiempo de darle lugar al estrés emocional y eso muchas veces termina en enojo [...]” (Entrevista CARITAS, Merendero, Barrio Villa Rojas 2 La Banda, Santiago del Estero).

“[...] nos llaman por cuestiones de violencia de género, te llaman por abuso sexual infantil. El otro día conocimos a una señora que empezó a ir al merendero porque el marido cayó en depresión, porque se enteraron en la Pascua que un pariente había abusado de sus cuatro hijos” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

La crisis atravesada por las familias se expresó en las dificultades que enfrentaron muchos jefes de hogar para continuar con actividades que les aseguraban un ingreso de subsistencia, así también como en la insuficiencia de los recursos para continuar con la escolaridad de los hijos y acompañar en las tareas escolares que debían resolverse en el hogar. Como observa Cardinaux (2020), si bien el sistema educativo se reacomodó rápidamente para dar continuidad a la educación, esto no debe hacernos perder de vista que también se profundizaron las desigualdades preexistentes y surgieron nuevas. La educación remota requiere conectividad, que siempre es más cara para los sectores pobres, muchos docentes y alumnos comparten un único dispositivo y viven en hogares que no disponen de un espacio adecuado para las clases sincrónicas. Hay zonas del país y algunos barrios en los centros urbanos que o no tienen conexión, o la que se dispone es escasa. Muchos hogares no cuentan con banda ancha de internet, situación que dejó dos alternativas: o se contrataba un servicio o se conectaban por datos móviles. Y es sabido que en los hogares pobres inclinarse por cualquiera de las dos puede condicionar el patrón alimentario.

“[...] una me decía que ni siquiera tiene la posibilidad de que el papá o la mamá la ayude porque no tienen dispositivo o porque a veces no se entiende la tarea [...] los chicos andan peleando para acceder a la clase virtual [...]” (Entrevista MOCASE Quimilí, Merendero, Ruta 116 Weisburd, Santiago del Estero).

Como se viene observando, con el establecimiento de la *nueva normalidad* y una situación económica que acentuó el impacto de las desigualdades en un importante sector de la población y el territorio, el Estado recuperó experiencias previas de asistencia local y regional con el objetivo de atenuar las formas extremas de exclusión social. Entre las acciones se destaca la implementación de dispositivos de transferencia de ingresos, el refuerzo de los fondos y montos de programas existentes, como en los casos de la Asignación Universal por Hijo (AUH) y las partidas especiales para las jubilaciones mínimas⁴. También se crearon nuevos y amplios programas como la Tarjeta Alimentar (TA), política que ante el impacto de la pandemia fue ampliada para alcanzar a niños y niñas de 14 años⁵. Otras acciones, como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), inyectaron una importante cantidad de dinero en la población sin ingresos formales (Assusa y Kessler, 2020); y, finalmente, se destinó asistencia específica a comedores escolares⁶.

La intervención estatal tuvo por objetivo reforzar el ingreso de las familias, reduciendo la pérdida de la capacidad de compra y las dificultades para resolver las necesidades indispensables para la vida. Sin embargo, las restricciones impuestas en los primeros meses de la pandemia condicionaron las actividades de los trabajadores de la economía popular, los cuentapropistas y los trabajadores informales, de modo que gran parte de este sector no encontró en el IFE (ingreso familiar de emergencia), la TA (tarjeta alimentar) y la AUH (asignación universal por hijo) un refuerzo a sus deteriorados ingresos. Por el contrario, para muchos de ellos se convirtió en el único ingreso.

“Bueno la gente son changarines más que nada, hacen changuitas, porque vivimos en un barrio marginal más que nada, calles de tierra. Y se manejan más con la Asignación y después los papás hacen changuitas. [...] son cargadores,

⁴ La asignación universal por hijo (AUH) constituye un seguro social que se otorga a personas desocupadas que trabajan empleadas en negro o que ganan menos del salario mínimo, vital y móvil y que radica en un beneficio monetario por cada hijo menor de 18 años e hijo con discapacidad. Entró en vigor el 29 de octubre de 2009 por el decreto 1602/09 del Poder Ejecutivo de la Nación. A partir de mayo de 2011, las prestaciones se complementaron con el lanzamiento de la “asignación universal por embarazo (AUE) para protección social”, que se otorga a las futuras madres que se encuentren en las doce o más semanas de gestación.

⁵ La Tarjeta Alimentar es un instrumento destinado a madres o padres con hijos/as de hasta 6 años que reciben la Asignación Universal por Hijo y a embarazadas a partir de los tres meses. Consiste en la entrega de una tarjeta que acredita mensualmente dinero para la compra de todo tipo de alimentos, con excepción de bebidas alcohólicas. No permite extraer dinero en efectivo.

⁶ El IFE fue un seguro social de Argentina que se entregó a trabajadores informales y monotributistas de las primeras categorías durante la emergencia debido a la pandemia de enfermedad por coronavirus. Consistió en un bono de 10 mil pesos argentinos. Se realizaron durante 2020 tres pagos de esta transferencia.

trabajo de aserradero, ladrillería, carbón [...] acá se maneja mucho con la forestal [...] la Tarjeta Alimentar cuando son siete ya se ve que no alcanza, porque hay mamás que van a buscar comida, que no dejan de ir. Y por ahí cuando la mamá tiene un nene o dos se ve que con la ayuda ya dejan de ir [...]” (Entrevista MOCASE Monte Quemado, Merendero, Santiago del Estero).

Otros obstáculos se relacionaron con la resistencia de algunos negocios para aceptar como medio de pago la TA, la remarcación de precios en la semana previa en que se acreditaba el dinero a los beneficiarios de la tarjeta, el cobro de un plus sobre el costo de los bienes adquiridos y la ausencia de tecnología que permitiera a numerosos negocios de barrio trabajar con ese medio de pago, entre otros. El registro de numerosas prácticas fraudulentas, así como de actitudes de resistencia ante la nueva forma de consumir, fue presentado como parte de los resultados de los monitoreos realizados por organismos como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Assusa y Kessler, 2020). En nuestro caso, formó parte de las experiencias compartidas por los entrevistados, que referenciaron prácticas como: la retención de las tarjetas una vez agotada la disponibilidad de dinero, o la autorización para retirar *mercadería a cuenta*, la que al mes siguiente se cobraría con un recargo en concepto de mora de pago.

“[...] los maridos de las chicas cobran el IFE y también algunas tienen la asignación. La Tarjeta Alimentar está muy buena, pero la alimentar sola no alcanza [...]” (Entrevistada R, Agrupación Martín Fierro, Referente Comedor, Barrio Los Vega, Tucumán).

“[...] la necesidad del barrio pasa por lo económico y lo laboral. Tuvimos que gestionar la TA, el IFE y la AUH en muchos casos [...]” (Entrevista CARITAS, Merendero, Barrio Villa Rojas 2 La Banda, Santiago del Estero).

Frente a las dificultades que trastocan el presente y futuro de mujeres, niños y adultos mayores, la reducción de los ingresos, el manejo discrecional de la asistencia y la percepción de que la ayuda estatal no es adecuada ni suficiente, se fortalecen las relaciones de amistad, vecindad y parentesco. La confianza entre amigos, vecinos y pares propician la emergencia y reactivación de “redes de ayuda mutua” (Aguirre, 2004). Se trata de redes que, surgidas en contextos de crisis o vulnerabilidad, brindan seguridad social y buscan sostener una sinergia entre los hogares que están en mejores condiciones y aquellos que menos tienen, propiciando la circulación de ciertos bienes. Algunos de nuestros entrevistados referenciaron el trabajo realizado con las familias y otros grupos para la resolución de problemas. Casos como los de violencia familiar o abandono de

niños y ancianos, la violencia de género o el consumo problemático de sustancias, demandaron de la organización y reactivación de redes comunitarias.

“[...] los que no tienen trabajo, ellos vienen a ganarse, así a ayudarme a hacer las cosas y llevan sus viandas y llevan su mercadería [...] otra colaboración es para la comida, los menudos nos dan en las parrilladas, que nos donan. Pero no siempre. Hay días en que lo compramos [...] ha habido veces que no sabía qué hacer, y es feo porque no tenía nada, y no tenía ni yo plata para poner y comprar. A veces tengo que sacar con la tarjeta para poder hacerles, por ejemplo: la harina, levadura, grasa, azúcar. Para que yo tenga para hacerles, aunque sea una taza de mate cocido con pan.” (Entrevistada MS, 46 años, Referente Comedor, Barrio Municipal, Concepción, Tucumán).

Comensalidad y hábitos alimentarios en comedores comunitarios

Las prácticas de comensalidad que caracterizan los sectores de pobreza, ámbitos donde se insertan los comedores relevados, habrían sufrido también algunas transformaciones. Aguirre (2004) sostenía la existencia de ideales de un cuerpo fuerte en estos contextos, articulados a su vez con alimentos rendidores (que al mismo tiempo sean baratos, den sensación de saciedad y gusten) y con prácticas de comensalidad extendida desde el hogar al grupo de pares (colectiva). Esto, según la autora, condiciona el consumo a un tipo determinado tipo de alimentos (pan, papas, fideos, carnes grasas, azúcar, mate, limitadas frutas y verduras e inexistentes carnes blancas) organizados en “comida de olla” (guisos y sopas) sobre las que se construye un gusto de lo necesario para evitar siquiera desear lo que se considera imposible de obtener (Aguirre, 2004). Los primeros datos respecto al estado nutricional infantil en comedores comunitarios de Argentina durante la pandemia darían cuenta de esta condición que impulsaría la ya diagnosticada pandemia de obesidad infantil. En efecto, el relevamiento realizado por el Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (ISEPCI) en niños y niñas asistentes a comedores evidencia un crecimiento de la malnutrición, expresado fundamentalmente en términos de sobrepeso y obesidad. Así, el mayor grado de malnutrición, se evidenció en el grupo etario de 6 a 10 años, ya que de acuerdo al Índice de masa corporal para la edad el 49,1% de esos niños y niñas presenta malnutrición (Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana, 2021).

Los fragmentos que compartimos ilustran esta situación que busca en la comensalidad colectiva el objetivo de “llenar la panza”. También relatan sobre las dificultades emergentes durante el tiempo en el que la circulación estuvo restringida. Los desafíos para reorganizar la planificación de los platos semanales y el encarecimiento de los alimentos en un contexto de permanente crecimiento inflacionario.

“[...] Lo que no puede faltarnos es la leche, es como lo fundamental. También las verduras y frutas, pero que lamentablemente desde el año pasado dejamos de recibir o no llega casi nada. Antes de la pandemia teníamos un esquema alimentario pero a partir de que se dio todo esto, dejamos de lado y nos pusimos a cocinar de acuerdo a la disponibilidad de alimentos. También porque antes teníamos una población para cubrir baja, y eso nos facilitaba llevar un esquema alimentario y hacerlo con todos los nutrientes para que el niño tenga su aporte diario de calcio, vitamina y todo lo que nos exigían para los niños de primera infancia, pero ahora por cómo estamos, la carne casi no nos está llegando, poca verdura y fruta, pero sí estamos entregando una polenta con salsa, un guiso de arroz con legumbres, y la leche que no faltó por suerte” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] cuando tenemos, hacemos algún guiso, polenta con salsa y a la tarde algún arroz con leche, mate cocido con pan, polenta con leche, depende de lo que haya para cocinar [...]” (Entrevistada M, 36 años, Responsable Comedor, Barrio Costanera, San Miguel de Tucumán).

Señalamos que, cuando el desarrollo de la vida es atravesado por constantes restricciones y carencias, lo que se desea, así como lo que se proyecta para el futuro es el resultado de un proceso de *readecuación* a las condiciones materiales disponibles. No consideramos que se trate de una actitud fatalista o de resignación, es más bien un recurso que busca evitar la frustración y disminuir la tensión en contextos de profunda desigualdad social. A medida que desciende el ingreso, la canasta de consumo se concentra en los alimentos más baratos (pan, papas, harinas, grasas) que a la vez son más rendidores (brindan mayor saciedad a menor precio), pero también los de menor densidad nutricional (Aguirre, 2010). En este contexto, las estrategias llevadas adelante por los referentes de comedores para satisfacer una demanda creciente, operan bajo el aporte de alimentos “llenadores” y de gran aceptación por los comensales. Paralelamente, el Estado, a través de los programas alimentarios, magnifica la tendencia, entregando alimentos pobres en micronutrientes (Aguirre, 2010). En algunos casos las estrategias buscaron diversificar las fuentes de abastecimiento, muchas veces renunciando a la variedad y calidad para acceder a la cantidad. Cuando la necesidad es algo permanente, el volumen de la comida es fundamental, los platos deben estar llenos y el hábito de limpiar el plato es un indicador de la aceptación para la cocinera, para la comida que se recibe y la situación vivenciada.

En los espacios de alimentación que lograron sostener la ingesta de algún tipo de carne, se incorporaron otros cortes a las preparaciones, como el pollo –en especial las alitas y menudos–, las salchichas y en raras oportunidades, la carne picada.

“[...] antes había variedad de comidas, había para el yogurt con cereales, un flan, una gelatina con fruta, que era lo que a ellos más les gustaba. Pero eso no se puede dar, por las limitaciones que tenemos. Y por supuesto una milanesa con puré, pero ahora nada de eso se está pudiendo. Más que un guiso o polenta con salsa. A nosotros nos duele no poder entregarles lo que estábamos acostumbrados a darles. No poder incluir la fruta y la verdura, la carne. Y te puedo decir que ni siquiera en sus casas pueden acceder a estos alimentos que son totalmente necesarios. Yo te digo porque conozco el barrio y veo las dificultades” (Entrevistada Y, 55 años, presidenta de ONG, Barrio Juan Felipe Ibarra, Santiago del Estero).

“[...] a nosotros se nos complica bastante la carne, la salchicha, verduras, esas cosas se complican. Al inicio de la pandemia casi nadie nos quería dar una mano, porque nosotros dependíamos de muchos kiosquitos y ellos al no vender no podían mandar casi nada [...] si vos les presentás un milanesa, imagínate, de aquí en más me encantaría poder brindarles una milanesa con queso, pizza unos sanguchitos de milanesa, aunque sea con carne picada, algo que sea diferente, porque siempre comen lo mismo, polenta, guiso, no todos comemos una milanesa hoy en día” (Entrevistada S, 41 años, responsable de Comedor, Barrio Juan XXIII, San Miguel de Tucumán).

“[...] Compramos casi siempre alitas de pollo o lo más barato. Para hacer una olla o dos ollas que son grandes. Tienen que ponerle bastante como para que tenga gusto la salsa” (Entrevistada MS, 46 años, Referente Comedor, Barrio Municipal, Concepción, Tucumán).

Las transformaciones derivadas de la pandemia, como pudo observarse, son muchas y diversas. Los efectos del aislamiento social, con el cierre de escuelas y de los espacios para la primera infancia, la desvinculación de los entornos de sociabilidad sobre todo para los adolescentes y jóvenes, retrajeron el proceso de socialización a espacios que no siempre son seguros y donde muchos han sido víctimas de diversas formas de violencia. Así el confinamiento trajo incertidumbre y angustia por la pérdida de lazos sociales que eran esenciales para el desarrollo individual y social. No es difícil dimensionar el impacto en los sectores más vulnerables si consideramos que a inicios del 2020 el 53 % de las niñas, los niños y adolescentes se encontraba en situación de pobreza por ingresos y el 50% en situación de pobreza media asociada a derechos (Waisgrais, 2020).

En el plano de los *hábitos alimentarios* ha sido notoria la modificación. Antes de la pandemia los comedores funcionaban como ámbitos de comensalidad pero también de socialización. Se brindaban talleres, apoyo escolar, se promovían juegos, deportes, buscando mejorar la interacción entre los niños y los padres. Como resultado del trabajo de entrevistas se identificaron algunos cambios en el tipo y frecuencia de los platos ofrecidos, en la percepción respecto de la posibilidad de comer todos los días y en torno a la posibilidad de dar continuidad a las actividades y rutinas, más allá de la asistencia de alimentos.

Conclusiones

La aparición y desarrollo de la pandemia por COVID-19 trajo aparejadas diferentes consecuencias para la población. En tal sentido, su irrupción implicó consecuencias negativas, tanto desde el plano económico como social, pero también en relación a los niveles de pobreza con los que la pandemia sorprendió a las provincias de Tucumán y Santiago del Estero. Estos eran en extremo elevados, con una importante concentración en el tramo infantil. En este contexto de vulnerabilidad, la pandemia de COVID-19, junto a las medidas implementadas para su tratamiento, impusieron un nuevo ritmo a las instituciones y espacios encargados de la asistencia alimentaria extra-familiar.

En este trabajo tratamos de indagar sobre las características que asumía la inseguridad alimentaria, la comensalidad y los hábitos alimentarios en este tipo de instituciones en las provincias reseñadas. Procuramos un abordaje cuantitativo y cartográfico, primeramente, que permitió identificar las magnitudes del problema y su distribución espacial. Seguidamente, mediante un ejercicio cualitativo, nos propusimos conocer qué características definen la inseguridad alimentaria en los espacios de alimentación extra-familiares y en contextos de pandemia. Tomamos como dimensiones de análisis la inseguridad alimentaria –que se complejiza, en cierta manera, respecto a los abordajes tradicionales que los métodos cuantitativos han procurado-, la comensalidad y los hábitos, buscando –sobre todo con estas últimas- profundizar nuestra comprensión acerca de las valoraciones y vivencias que caracterizan a quienes perdieron o nunca tuvieron la posibilidad de asegurarse la alimentación diaria.

El trabajo con los referentes de diversos espacios mostró cómo desde ante la crisis, profundizada por la pandemia de COVID-19 en el año 2020, las posibilidades de un importante sector de la población para resolver la emergencia alimentaria, dependían de las políticas estatales y fundamentalmente de la presencia de los espacios de alimentación con vinculación territorial. Previo a la irrupción de la pandemia, estos espacios convergían hacia una atención integral de la niñez que demandaba alimentos. Entre esas tareas, la oferta alimentaria constituía la más importante, pero se articulaba también con espacios

de formación en talleres institucionales, huertas comunitarias, espacios de salud, prevención y asistencia de diferentes tipos de violencias y adicciones o áreas de ayuda para las tareas escolares. En esa línea, la presencia y versatilidad de estos espacios e instituciones exhiben de manera flagrante las desigualdades existentes y las limitaciones de una buena parte de los hogares argentinos para proveer los requerimientos mínimos para garantizar la vida.

Con la pandemia esto desapareció, dejando al comedor expuesto sólo en su rol de dador de comidas en pequeñas viandas, destinadas a paliar el hambre no sólo de la población infantil sino el de toda la familia. En este contexto, la demanda alimentaria fue más creciente con el correr de la pandemia, que implicó también el uso cada vez más frecuentes de alimentos baratos y rendidores, contribuyendo al desarrollo de la otra gran pandemia: la obesidad infantil.

Hemos abordado de qué manera la capacidad de respuesta que tuvieron las organizaciones barriales, sociales y comunitarias fue el resultado de su pertenencia a una densa trama territorial, preexistente al contexto de pandemia. Esta condición desde hace algunos años permite a numerosas familias y personas, en condiciones de vulnerabilidad social, satisfacer las necesidades básicas. Fue entonces la experiencia de gestión y logística, junto a un conocimiento de las características sociosanitarias, económicas y sociales de la población, lo que posibilitó una rápida respuesta ante el agravamiento de la crisis social. Esto implicó una mejor distribución de la ayuda del Estado Nacional y provincial, así como una coordinación con merenderos, ollas populares y comedores barriales que surgieron durante la pandemia.

Con este trabajo buscamos aportar a la caracterización de espacios que se desempeñan como mallas de contención para un importante sector de la población, atravesado por una sostenida vulneración de sus derechos. Fue a partir del relato de nuestros entrevistados que nos aproximamos a la cotidianidad de los barrios, donde la pauperización laboral, la escasez de recursos para resolver las necesidades de la vida individual y social, las manifestaciones de diversas formas de violencia y el consumo problemático de sustancias a temprana edad, entre otros flagelos, son problemáticas que profundizan la inseguridad alimentaria. Encontramos que los referentes, responsables y voluntarios no solo están interpelados por la capacidad de responder a una creciente demanda de alimentos, sino que además reconocen los límites que deben superar para afrontar el exponencial aumento de necesidades, aún con los programas de asistencia nacional que se crearon o fueron reforzados desde el inicio de la pandemia.

Finalmente, el trabajo territorial no estuvo y no está libre de tensiones, dado que confluyen intereses diversos, pero constituye un capital importante al que las organizaciones y sujetos recurren cuando se trata de paliar las consecuencias de la

COVID-19. Con este aporte buscamos caracterizar estos escenarios escasamente abordamos en la bibliografía, sobre todo en un contexto particular como el de la pandemia.

Referencias bibliográficas

Aguirre, P. (2004). Seguridad alimentaria. Una visión desde la antropología. En Jacobo Sabulsky, María Ezpeleta y Mónica Chesta (Comps.). *Desarrollo Integral en la Infancia: El Futuro Comprometido*. (pp. 95-103). Córdoba: Fundación CLACYD.

_____ (2010). An Anthropological View of the Impact of Poverty and Globalization on the Emerging Epidemic of Obesity. En Agathocles Tsatsoulis, Jennifer Wyckoff y Florence Brown (Comps.) *Diabetes in Women. Pathophysiology and Therapy*. (pp. 105-125). Boston: Humana Press.

_____ (2016). Precio de los alimentos y políticas alimentarias para un futuro posible. En Ianina Tuñón (Ed.) *Situación de la Infancia a inicios del Bicentenario. Un enfoque multidimensional y de derechos*. Buenos Aires: Ediciones Barómetro de la Deuda Social de la Infancia. Serie del Bicentenario.

Álvarez, J. (2012). "Salud y nutrición infantil: equidad y determinantes sociales". Nota investigativa N°5, *Boletín Observatorio de Salud*, Facultad de Farmacia y Bioquímica. Área de Ciencia y Técnica. Universidad Maza, Mendoza.

Assusa, G. y Kessler, G. (2020). Reactivación de desigualdades y vulneración de derechos en tiempos de pandemia. En Juan Bohoslavsky (Ed.) *Covid -19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (Pp. 93-107). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.

Barrera-Dussán, N., Fierro-Parra, E. P., Puentes-Fierro, L. Y., y Ramos-Castañeda, J. A. (2018). "Prevalencia y determinantes sociales de malnutrición en menores de 5 años afiliados al Sistema de Selección de Beneficiarios para Programas Sociales (SISBEN) del área urbana del municipio de Palermo en Colombia". *Universidad y Salud*, 20(3), 236-246.

Bergel Sanchís, M. L., Cesani, M. F., & Oyhenart, E. E. (2017). "Malnutrición infantil e inseguridad alimentaria como expresión de las condiciones socio-económicas familiares en Villaguay, Argentina (2010-2012). Un enfoque biocultural". *Población y Salud en Mesoamérica*, 14(2), 60-85.

Bolzán, A., & Mercer, R. (2009). "Seguridad alimentaria y retardo crónico del crecimiento en niños pobres del norte argentino". *Archivos Argentinos de Pediatría*, 107(3), 221-228.

Bonfiglio, J. I., Salvia, A., y Vera, J. (2020). *Deterioro de las condiciones económicas de los hogares y desigualdades sociales en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Observatorio de la Deuda Social Argentina.

Cardinaux, N. (2020). El derecho a la educación atravesado por Covid-19. En Juan Bohoslavsky (Ed.). *Covid-19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (pp. 301-316). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.

Casas Patiño, D., Grifaldo, F. C., Torres, A. R., y Langrave, G. C. (2021). "Análisis socio crítico de los comedores comunitarios en el estado de México". *Interfaces Científicas-Saúde e Ambiente*, 8(3), 87-108.

Cordero, M. L., y Cesani, M. F. (2021). "Magnitude and spatial distribution of food and nutrition security during the COVID-19 pandemic in Tucumán (Argentina)". *American Journal of Human Biology*, e23632. Doi: 10.1002/ajhb.23632

Couceiro, M., Singh, V., Valdiviezo, M., Tejerina, M., y Zimmer, M. (2015). "Inseguridad alimentaria familiar percibida por mujeres embarazadas, atendidas en el primer nivel de atención de la ciudad de Salta, Argentina". *Antropo*, 34, 13-22.

Demonte, F. (2011). "La construcción de la malnutrición infantil en la prensa escrita argentina durante la crisis de 2001". *Salud Colectiva*, 7, 53-71.

Dehollain, P. L. (1995). "Concepto y condicionantes de la seguridad alimentaria en hogares". *Revista agroalimentaria*, 1(1), 4. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3234351.pdf>

FAO (Food and Agriculture Organization of United Nations) (2000). *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo*. Roma: FAO. Recuperado de: <http://www.fao.org/DOCREP/X8S/X8200SX2S00.htm>

Ferullo, H. (2009). Sobre los conceptos de pobreza y subdesarrollo en el pensamiento económico moderno. La pobreza en la teoría económica tradicional. En Alfredo Bolsi y Pablo Paolasso (Ed.) *Geografía de la pobreza en el Norte Grande Argentino*. (pp. 41-52). San Miguel de Tucumán: PNUD.

Fiszbein, A., y Giovagnoli, P. (2004). "Hambre en la Argentina". *Desarrollo Económico*, 43 (172) 637-656. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/3456021>

Ierullo, M. (2013). "Prácticas de cuidado infantil en organizaciones comunitarias: los comedores comunitarios en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina" *Portularia* Vol. XIII, Nº 1, (59-65). Recuperado de: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/27332/CONICET_Digital_Nro.d33a4f63-7c01-461a-973f-641eb963c337_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Instituto de Investigación Social, Económica y Política Ciudadana (2021). "Informe de resultados del indicador barrial de situación nutricional". Buenos Aires. Recuperado de: <https://isepci.org.ar/wp-content/uploads/2021/04/PRESENTACION-RESULTADOS-IBSN-1ER-SEMESTRE-2021-2.pdf>

León, A., Martínez, R., Espíndola, E., & Schejtman, A. (2004). *Pobreza, hambre y seguridad alimentaria en Centroamérica y Panamá*. CEPAL. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/6077>

Longhi, F.; Cordero, L. y Paolasso, P. (2020). Pobreza y desnutrición infantil en la ruralia del noroeste argentino. Una mirada integradora. En: Alejandra Salomón y Alejandra de Arce (Comp.) *Una mirada histórica al bienestar rural argentino*. (pp. 253-284) Teseo: Buenos Aires.

Longhi, F., y del Castillo, A. (2017). "Mortalidad infantil por desnutrición y condiciones de pobreza en Tucumán (Argentina): Magnitudes, manifestaciones espaciales y acciones familiares en los primeros años del siglo XXI". *Papeles de Geografía*, (63), 91-112.

Longhi, F., Gómez, A., Zapata, M. E., Paolasso, P., Olmos, F., y Ramos Margarido, S. (2018). "La desnutrición en la niñez argentina en los primeros años del siglo XXI: un abordaje cuantitativo". *Salud colectiva*, 14, 33-50.

Luna Montaña, R. (2020). *Asociación entre la inseguridad alimentaria y la doble carga de malnutrición: revisión sistemática*. Master's thesis, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Maceira, V. (2015) "Un abordaje teórico-metodológico para la investigación de la estructura, la movilidad social y las condiciones de vida: la propuesta ENES-PISAC". *RELMECS*, vol. 5 nº 2.

Márquez, A. (2017). *Estimación y georreferenciación de la probabilidad de padecer inseguridad alimentaria: metodología y resultados para el total país*. Buenos Aires. Recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/9077/1/estimacion-georreferenciacion-inseguridad.pdf>

Márquez, A., y Salvia, A. (2019). *Riesgo de inseguridad alimentaria*, 2010. Poblaciones.

Ortale, M. S., y Santos, J. A. (2020a). "Pobreza, seguridad alimentaria y políticas sociales en Argentina (2014-2018)". En *V Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina* (Santiago de Chile, 6 a 8 de mayo de 2019).

_____ (2020b). *Inseguridad alimentaria y desigualdades en Argentina (2014-2018)*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).

Rosso, M. A., Wicky, M. I., Nessier, M. C., y Meyer, R. (2015). "Inseguridad alimentaria en la ciudad de Santa Fe: percepción de los ciudadanos". *Salud colectiva*, 11, 235-245.

Salvia, A. (2010). "La (in) equidad en los procesos de crianza y socialización". *Boletín Nº 3 del Observatorio de la Deuda Social de la Infancia*. Recuperado de

<https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/8163/1/in-equidad-procesos-crianza-socializacion.pdf>

Santarsiero, L. H. (2013). "Los comedores comunitarios como fenómeno social, político y alimentario en la Argentina de los últimos treinta años: una guía práctica para su comprensión". *Cuestiones de sociología* (9), 319-323. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5898/pr.5898.pdf

Sen, A. K. (1997). "From income inequality to economic inequality". *Southern Economic Journal*, 64(2), 384-401.

Sordini, M. V. (2014). "Los comedores comunitarios y la emergencia contra el hambre". En: *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. 3 al 5 de diciembre de 2014 Ensenada, Argentina. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología.

Tuñón, I. (2011). *Situación de la infancia a inicios del Bicentenario: un enfoque multidimensional y de derechos*. Buenos Aires: ODSA.

Tuñón, I., y Lamarmora, G. (2019). *Infancias e inseguridad alimentaria: un fenómeno que se exacerba en el contexto de la crisis y pese a una mayor protección social*. Buenos Aires: ODSA. Recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/9522/1/infancias-inseguridad-contexto-crisis.pdf>

Tuñón, I., Piñeiro, S. P., y Coll, A. (2017). "La pobreza infantil en clave de derechos humanos y sociales. Definiciones, estimaciones y principales determinantes (2010-2014)". *Población & Sociedad*, 24(1), 101-133.

Tuñón, I., y Poy, S. (2020). Indicadores de pobreza y riesgos alimentarios antes de la pandemia. En: Agustín Salvia, Sergio Britos y Eugenio Díaz-Bonilla (Eds.). *Reflexiones sobre las políticas alimentario-nutricionales de la argentina, antes y durante la pandemia del COVID-19*. Buenos Aires: International Food Policy Research Institute. Disponible en <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/10954/1/reflexiones-durante-pandemia-covid-19.pdf>

Tuñón, I. y Salvia, A. (2013). Apuntes sobre la construcción de indicadores de desarrollo humano de la infancia. En A. Canetti; L. Schwartzmann; M. De Martino; M. J. Bagnato; O. Roba; A. Girona; A. Cerutti; C. Espasandin; M. Álvarez (Eds.) *Modelos e indicadores de desarrollo y bienestar infantil*. Montevideo: Universidad de la República.

Tuñón, I., Salvia, A., y Musante, B. (2012). "Principales factores asociados a la inseguridad alimentaria de los hogares con niños, niñas y adolescentes". En Libro de Ponencias del V

Congreso Mundial de la Infancia y la Adolescencia.(Argentina). Recuperado de <https://www.aacademica.org/ianina.tunon/54>

Van Gameren, E., y Urbina Hinojosa, S. (2018). La doble carga de la malnutrición: La inseguridad alimentaria y el sobrepeso en México. En: Ernesto Aguayo Téllez y Martha Claudia Rodríguez Villalobos (Eds.). *Economía de la salud en México*. (pp. 1-32). Ciudad de México: Pearson Educación de México.

Waisgrais, S. (2020). Impacto de la Covid-19 en el bienestar de niñas, niños y adolescentes: una mirada desde la protección social. En: Juan Bohoslavsky (ed.) *Covid-19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*. (pp. 273-285). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.